

LAS MISIONES

PARA CIVILIZAR A LOS INDIOS BARBAROS.

En el número de "La Sociedad" correspondiente al 2 del actual, vimos un artículo del periódico oficial de Mérida, que tiene por objeto excitar á la guerra contra los bárbaros: su lectura nos sugirió el pensamiento de volver á hablar de un asunto interesantísimo de que ya nos hemos ocupado multitud de ocasiones, y por desgracia, sin haber obtenido y aun sin haber concebido hasta ahora esperanzas de obtener el buen resultado que nos proponíamos: este asunto es la necesidad de meditar y llevar á efecto un sistema de misiones capaz de reducir á vida cristiana y civil á todos los indios bárbaros que moran en el territorio mexicano.

El periódico oficial de Mérida no habla sino de guerra; no conoce más medios para que nuestra sociedad se vea libre de los males que le causa la barbarie, sino la efusion de sangre, la devastacion y el exterminio; por la lectura de su artículo se ve claramente que quien lo dió á luz dista mucho de considerar á los indios contra quienes excita á sus lectores, como individuos pertenecientes á la nacion mexicana; le parecen enteramente extraños á nosotros, y lo único que siente es que los demas no participen de su ardor *para destruir á la barbarie*. Nosotros no negamos á las poblaciones el derecho de defensa cuando sean acometidas sea por hombres bárbaros ó civilizados; pero consideramos como una cosa inhumana y enteramente opuesta á la enseñanza y á los preceptos de la Religion que profesamos, el que solo se piense en la matanza y no se mediten ningunos medios pacíficos para acabar con una guerra asoladora que ha tantos años está empapando nuestros campos con la sangre mexicana: decimos sangre mexicana, porque tanto lo es la de los hombres cultos como la de los salvajes que perecen en las contiendas de que habla el periódico oficial de Mérida, y en otras muchas del mismo género. Además, nuestras observaciones no se limitan al caso de los salvajes que existen en Yucatan y de quienes se ocupa el periódico de Mérida; hablamos de lo que debe hacerse respecto de todos los bárbaros que se encuentran en cualesquiera partes del territorio mexicano.

Si no fuéramos católicos, si nos halláramos sumergidos en las tinieblas del protestantismo, entonces nada habria que extrañar en la indolencia con que ha muchos años se está viendo entre nosotros la causa eminentemente cristiana de la conversion y cultura de los bárbaros, ni en el sistema de guerra que es el único que ha sabido emplearse con ellos; porque la herejía no nos habia de enseñar el respeto á la dignidad del hombre que es absolutamente la misma en el civilizado y en el bárbaro, ni habia de criar y fomentar en nuestros corazones los sentimientos sublimes de la caridad tanto mas com-

pasiva y benéfica hácia nuestros semejantes, cuanto es mas miserable y desgraciado el estado en que los mira. La historia nos dice, mostrándonos hechos terribles cuyo resultado está patente á los ojos del mundo, que los protestantes vinieron á la América á destruir á los hombres que la poblaban y á apropiarse sus tierras y sus riquezas: ahí está la nacion del Norte, puramente extranjera, donde el indio jamas ha sido contado entre sus miembros, y ha sido perseguido hasta lograr su exterminio. Mas un pueblo católico debe distinguirse del protestante precisamente por una caridad ardiente é inagotable en recursos, que dilate mas y mas las pacíficas conquistas de la civilizacion cristiana y sepa destruir la barbarie conservando á los bárbaros y ganándolos á un mismo tiempo para Dios y para la sociedad.

Dice el periódico de Mérida en medio de su entusiasmo dirigiéndose á sus paisanos: "¿Para qué levantaiis monumentos en el seno de la familia, si teneis en frente un monumento de infamia y de vergüenza que pregona todos los dias vuestra ignominia? ¿Cómo os afanais por parecer un pueblo civilizado, si teneis entre vosotros mismos elementos de barbarie que no podeis destruir?" Nos serviremos de sus mismas palabras, aunque con un espíritu muy distinto del que anima á sus redactores. Si es una vergüenza y una ignominia para un pueblo civilizado tener en su seno elementos de barbarie, indudablemente el pueblo mexicano debe esforzarse por hacer que desaparezcan los que mira todavia dentro de los límites de su territorio; pero al intentarlo, debe tener presentes tres cosas: 1.ª que la existencia de esos elementos de barbarie en tanto puede serle vergonzosa, en cuanto es debida, parte á negligencia en procurar la civilizacion de los bárbaros, parte á actos positivos que han tenido lugar en nuestro pais contra aquella civilizacion; 2.ª que su deber y su honor lo estrechan á emplear de toda preferencia en la destruccion de la barbarie los medios de caridad tan eficaces que le enseña su Religion; 3.ª que si para acabar con la barbarie no supiere emplear otro medio que el de exterminar á los bárbaros, dejará en la historia un nombre manchado con la indeleble nota de una inhumanidad feroz, la mas indigna de un pueblo que se honra con la profesion de la Religion de amor que trajo á la tierra el Hijo del Eterno: hacer esto seria nivelarnos con los protestantes; y no permita el cielo que alguna vez apetezcamos una semejanza tan ignominiosa.

Hemos dicho que la existencia de la barbarie es debida entre nosotros, parte á la negligencia en cultivar á los indios y parte á actos positivos en contra de su cultura cristiana. Cualquiera que esté medianamente versado en nuestra historia reconocerá la verdad de esta asercion. En efecto, ¿qué se ha hecho en favor de las misiones desde muchos años atras? ¿Dónde ha estado la proteccion que tan justamente se les debia dispensar? ¿Dónde los fondos que para sostenerlas habia proporcionado tan liberalmente la piedad de nuestros antepasados? Y ¿qué diremos del decreto verdaderamente bárbaro, verdaderamente infame y vergonzoso de Carlos III, que al expulsar á los jesuitas privó á nuestra patria de sus mas sabios directores que con tanto acierto la llevaban por el arduo camino de la ciencia, y de unos pro-

**

pagadores habilísimos de la Religion y de la civilizacion que desempeñaban en aquella época mas de la mitad de las misiones de los indios? En otros tiempos, centenares de operarios evangélicos derramaban la luz de la fé por los dilatados terrenos que hoy ocupa la barbarie dentro de los límites mexicanos, y por aquellos que usurpados posteriormente por los Estados-Unidos, dejan ya de ser la morada del hijo de la América, para que vengan á gozar sus tesoros millares de extrangeros avaros; y entonces la docilidad con que los indios, hoy destruidos ó sepultados en la barbarie, recibían la predicacion y practicaban los preceptos del Cristianismo, desmentía solemnemente á sus calumniadores, y dejaba en la historia los mas elocuentes testimonios para confundir en todo tiempo á cuantos osaran difamarlos presentándolos como incapaces de civilizarse y acreedores á ser destruidos como una plaga de la humanidad. Nada mas constante en las narraciones de los misioneros que las mas encarecidas recomendaciones de la docilidad y obediencia de los neófitos, de su dulzura de carácter y de sus buenas costumbres.

Si las misiones hubieran continuado en aquel estado floreciente, ¡oh! ¡cuánta sangre habria dejado de derramarse! ¡cuántas poblaciones laboriosas se verían por do quiera en los vastos terrenos que hoy son desiertos ó morada de salvajes! ¡cuántos millares mas de habitantes civilizados contaría México que cultivaran los fértiles campos que le son improductivos y que añadieran mayor fuerza á la nacion! ¡y cómo entonces habria sido mas difícil á los yankees robarnos nuestras tierras! Pero las misiones recibieron golpes de muerte, fueron descuidadas, y perecieron; solo quedan uno que otro sacerdote asistiendo de la manera que le es posible en este ó aquel punto aislado, á los infelices que carecen de todo auxilio temporal y espiritual; y estos poquísimos sacerdotes carecen de elementos, se hallan sujetos á los horrores de la miseria, pasan su vida olvidados de la sociedad y sacrificándose heroicamente por sus hermanos desgraciados. ¿Después de esto nos quejamos de que haya indios salvajes; y volvemos contra ellos toda nuestra ira, todo nuestro furor, cuando sentimos los resultados de haberlos abandonado á ese estado miserable? Si hay todavía millares de indios salvajes, ¿quién tiene la culpa? ¿Por qué no meditamos seriamente en la grave responsabilidad que este hecho hace pesar sobre nosotros? ¿Por qué no corregimos la errada conducta que hasta el presente hemos observado?

No sabemos en qué consiste que cuando se proponen cosas eminentemente cristianas, eminentemente humanitarias, eminentemente patrióticas, y que además son de estricto deber y nos prometen un honor inmortal y una gloria imperecedera, todo se deja pasar desapercibido; se leen los artículos de los periódicos con aquella precipitacion que es propia del siglo del vapor, buscando á lo sumo una forina elegante y agradable con qué deleitarse por algunos minutos; pero luego se evaporan las debilísimas especies que hubieran quedado en el alma, y es perdido todo el trabajo de quien escribió con la recta intencion de promover el bien. Hoy que tanto se piensa en caminos de hierro, en telégrafos eléctricos, en florecientes colonias de extrangeros, ¿por qué en el inquieto bullicio de tantos pensamientos que de día y de noche tienen agitado el espíritu, no se deja siquiera un corto espacio de tiempo

para que se haga oír en el fondo del alma la voz lastimera de la Religion y de la humanidad que lloran tanta sangre que se derrama, tantas almas que perecen, tantos desgraciados que son hermanos nuestros y á quienes abandonamos en el estado mas deplorable, para que mueran en el cuerpo y en el alma, al mismo tiempo que nos entretenemos con todos los pensamientos de una grandeza que nos dé lustre á los ojos de los que todo lo olvidan luego que viene á embelesarlos el brillo del oro? ¿Qué empresa mas grandiosa pudiéramos acometer que la de extinguir para siempre, y por medios de paz y de caridad, una guerra que sin cesar nos arrebatara tantas preciosas existencias; que la de arrancar tantas víctimas de las garras de la barbarie y de la muerte, y convertir á los que hoy son devastadores de nuestros campos, en ciudadanos útiles y laboriosos, y fielmente adictos á nuestra patria? Se hace tanto alarde de la falta de pobladores y no se encuentra mas medio para tenerlos que traerlos del extrangero; ¿y acaso no son pobladores los mexicanos que perecen en las guerras de los bárbaros, y no lo serían, útiles y pacíficos, los mismos bárbaros una vez convertidos y civilizados? ¿Por qué ya que llamamos á los extrangeros, no nos ocupamos de preferencia en conservar á los pobladores civilizados que tenemos y en ganar á los que viviendo en nuestro mismo territorio, con tanta facilidad podremos civilizar el día que de veras nos resolvamos á hacerlo? La colonizacion extrangera amenaza con gravísimos peligros que reconocen aun los que le encuentran grandes ventajas y la consideran necesaria; la civilizacion de los indios bárbaros no induce peligro ninguno, antes al contrario, nos libertará para siempre de una guerra de desolacion: la colonizacion extrangera excita disputas y lastima fácilmente las afecciones nacionales; respecto de la civilizacion de los indios, nadie habrá que contradiga ó que se lastime el día que se emprenda; la obra será grata para todos, todos la aplaudirán, y la colmarán de elogios el presente y la posteridad. Por otra parte, estas dos empresas no son incompatibles; pero debiera gozar la preferencia la que es de una obra de humanidad y de Religion. Otras naciones cultas tienen muy en el corazón la suerte de los salvajes que se hallan á inmensas distancias de los límites de sus territorios, y para convertirlos al Cristianismo, educan misioneros que envían á las mas lejanas tierras á llevar la luz del Evangelio con grande honor de su propia patria; ¡y México habria de tener á los salvajes en su mismo seno, y lejos de imitar el ilustre ejemplo de otros pueblos que se propone como modelo de cultura, habria de mirar con indiferencia la desdichada suerte de esos infelices, y se habria de resolver á sostener con ellos una guerra perpetua hasta lograr exterminarlos! Tan infame resolucion no puede caber en los corazones de los mexicanos; quien la tuviera, seria indigno de este nombre.

Pero ya entendemos las objeciones que harán muchos que lean estas líneas: dirán: "Esto es muy bello en la teoría; pero en la práctica es irrealizable: no hay elementos; nada puede hacerse: que en la época del gobierno español hubo misiones; ¡oh! pero aquellos eran otros tiempos.....!" Estas son la dificultades que se hacen valer siempre para oponerse á todo lo grande. ¿Cuándo se convencerán los que hablan de esta manera, de que lo que nos falta es la resolucion y la actividad, y de que es inmensurable la potencia de

los que tienen conciencia de poder? *Possunt quia posse videntur* decia un esclarecido poeta de la antigüedad. ¿Cuáles serán los elementos que faltan para las misiones, ó que en caso de faltar no esté en nuestra mano proporcionarlos? No tenemos abundancia de religiosos de *propaganda*; pero el que los haya, depende únicamente de que se deje libertad para que se funden colegios y para que se aumenten los que existen; y dejar esta libertad, no cuesta ningunos gastos ni induce ningunos compromisos, es cosa de simple querer: por lo demas, abundan entre nosotros los jóvenes verdaderamente piadosos y capaces de grandes resoluciones, los cuales convenientemente educados, marcharian con alegría á enarbolar el signo de la redencion en medio de la morada del salvaje. Además, ¿acaso se acabó ya la piedad? ¿acaso se ha extinguido en todos los corazones el fuego divino de la caridad? Estamos seguros de que si se hiciera en el asunto de las misiones un arreglo general, como que interesa á toda la Iglesia mexicana y á toda la nacion, podrían obtenerse de los obispados mas abundantes en eclesiásticos, un número considerable de sacerdotes celosos que aceptaran con gusto la apostólica mision de ir á predicarles á los salvajes. Y por lo que hace á recursos; ¿acaso no podrían colectarse los suficientes de las limosnas que dieran los fieles de toda la nacion? Estos cuando la Iglesia ha sido despojada de sus bienes, han estado sosteniendo el culto divino con esplendor; ellos mismos contribuyen constantemente por todas partes para el socorro de los pobres; ¿creemos que si se les invitara á contribuir para el pobre sustento y vestido que necesitarian los misioneros, y para atender á las necesidades mas urgentes de los neófitos, se habrian de negar á una obra tan grande de caridad, de que resultaria tanto honor á Dios y tanto bien á la Iglesia, á las almas y á la nacion, siendo asi que todos los dias están dando pruebas de piedad y caridad? No habria pues, ni necesidad de sacar recursos de las arcas públicas, que por otra parte, con sobrada razon debieran derramar sus tesoros para conseguir un objeto tan interesante y absolutamente necesario; pero aun sin contar con ellos, creemos que todo pudiera hacerse.

Quizá nuestras palabras no serán hoy tan estériles como lo han sido en otras ocasiones; mas sea lo que fuere, nosotros habremos cumplido con nuestro deber. Concluimos por ahora recomendando este asunto á todos los escritores mexicanos que se sientan interesados por el bien de su Religion y de su patria, para que lo promuevan con la maestría que se necesita y para la cual no bastan nuestras débiles fuerzas.

LA EFICACIA DE LA PRENSA.

Hace algunos dias que hemos querido hacer algunas reflexiones sobre esta materia, con motivo de la devolucion del ferro-carril de México á Chalco

á la compañía mexicana de los señores Arbeu y socios, cuya noticia han publicado los periódicos.

Ninguno de nuestros lectores puede hallarse ignorante respecto de este ruidosísimo negocio; y todos habrán observado que apenas fué desposeida la compañía mexicana, declarándose caduca la concesion que se le habia hecho para la construccion del referido ferro-carril, cuando multitud de periódicos levantaron en su favor una sola voz, haciendo valer tantas razones y con tanta eficacia, que no parece posible que se le hayan escapado ningunos argumentos de ningun género, ni que pudieran estos exponerse de un modo mas convincente y persuasivo. La prensa multiplicó sus producciones, é insistió en su intento de una manera que si no nos engañamos, no se ha observado en ninguna otra de las cuestiones que ha tomado á su cargo en nuestros dias. El resultado fué que el ferro-carril se devolvió á la compañía mexicana: para conseguirlo se moverian otros recursos, obrarian en esto otros motivos; pero no dudamos que haya tenido en ello mucha parte la insistencia de la prensa.

Muy grato nos fué el ver que una compañía mexicana volviera de nuevo á sus trabajos, principalmente en nuestra época en que tanto interesa desarrollar en los mexicanos el espíritu de empresa; pero al mismo tiempo nos dijimos á nosotros mismos: “Es falso lo que algunos suelen asegurar, que hoy nada vale la prensa; porque los hechos nos están demostrando que cuando trabaja con decision, al fin consigue lo que se propone: de donde resulta que si por intereses de mucho mayor valor tomara el mismo empeño que ha manifestado por los intereses materiales de una empresa de ferro-carril, mucho seria lo que consiguiera.”

¿Quién ignora la importancia que tiene la prensa en el siglo XIX? Ella es el órgano de las ideas y de la opinion pública, da direccion á las sociedades y sirve de norte á los gobiernos en la marcha de su política. “La prensa, dice un escritor, es en el mundo una fuerza nueva; nació tres siglos hace, y en el último ha centuplicado, por lo menos, su poder.” Pero no hay para qué insistir en cosas que son conocidas de todos; reduzcámonos á nuestro objeto. No será tan fácil á los hombres de sanos principios tranquilizarse por la conducta que han observado. ¿Cuán pocos de ellos escriben! Se han retraído; se han concentrado en su propia apatía; y cuando el Criador les ha concedido sus dones para que los empleen en el bien, ellos prefieren tenerlos inútiles, dándoseles nada por las consecuencias. Ya lo hemos dicho otras veces: es muy poco lo que se escribe entre nosotros en sentido religioso, y á esto precisamente se debe el que no logremos lo que apeteciéramos.

Miremos con mas empeño los grandes intereses religiosos: trabajemos por ellos si quiera como sabemos hacerlo por los temporales. Lo único que se nos exige es que se abran nuestros labios con la moderacion y decencia propias de quienes abogan por la mas santa de las causas, y hablando siempre el lenguaje de la razon y la justicia. Haciendo esto, habremos cumplido con nuestro deber; y no hay duda que la Providencia tomará por su cuenta coronar con un buen éxito nuestros esfuerzos.

MOTIN EN LONDRES.

“Londres ha tenido una conmoción popular sangrienta. M. Malpole, ministro del interior, y Sir Richard, jefe de la policía, anunciaron que el meeting en favor de la reforma no se tendría en Hyde Park. Mil quinientos hombres de policía y varios cuerpos de las tropas de línea fueron colocados en las rejas para impedir la entrada; pero la policía fué vencida por el pueblo. A las ocho de la mañana todo el enrejado de la larga extensión de Hyde Park cedió á los esfuerzos de una multitud extraordinaria: sesenta ó setenta mil hombres incendiaron el lugar, siendo inútiles los esfuerzos de la policía y de la tropa: hubo centenares de heridos de una y otra parte y varios muertos. Las compañías de infantería con las armas cargadas, fueron enviadas para reprimir á la multitud; pero en vano: abierta la brecha, penetró el pueblo, y con gran calma é impasibilidad tuvo lugar el meeting.” (La Sociedad.)

Estas cosas suceden en esos pueblos de donde se nos dice que nos han de venir todas las felicidades.

IMPRENTA.

“El primer ensayo que se hizo en Durango de este arte maravilloso, fué en 1822, por el religioso franciscano Fray Buenaventura Cuevas, del convento de San Francisco de esta ciudad. El abrió las matrices é hizo por sí propio, sin extraña ayuda, las operaciones de fundición y pulimento, las prensas y demás útiles, hasta poner en corriente una pequeña imprenta, que estrenó con una proclama del gobernador de provincias D. Ignacio Corral. Mas tarde el gobernador D. Santiago Baca Ortiz, hizo ir de Mexico la que actualmente sirve al gobierno.” (El Pájaro Verde.)

COMPañIA IMPERIAL MEXICANA.

Por decreto de 27 del pasado se autoriza la formación de una compañía anónima, denominada, «Compañía Imperial Mexicana,» que tendrá por objeto construir y explotar ferro-carriles en los departamentos de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes, San Luis Potosí, Zacatecas, Nayarit, Jalisco, Michoacán y Matehuala.

El capital social se fija por ahora en veinte millones de pesos, divididos en doscientas mil acciones de á cien pesos cada una, pudiéndose aumentar si fuere necesario.

El comisario imperial D. Luis Robles Pezuela queda encargado de formar el reglamento y presentarlo para su aprobación al Emperador por conducto del ministerio de fomento.

DISCURSO

De Monseñor Dupanloup obispo de Orleans, pronunciado en la Catedral de Santa Cruz, á su regreso de Roma el 27 de Julio de 1862.

«Veni videre Petrum, et mansi apud eum.»

«Vine á ver á Pedro y permanecí con él.»

Epíst. de San Pablo á los Gálatas.

“Hay en efecto en la tierra un Hombre á quien se ha dicho: “Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.”—*Tu es Petrus, et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam*;—é impulsado por la necesidad de mi corazón y por el deber de mi episcopado, fui á ver á ese Hombre, y á enlazar el grano de arena de mi vida y de mi existencia con esa Piedra fundamental que sostiene todo el edificio: *Veni videre Petrum*. Hay un Hombre á quien se ha dicho: “Te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo, y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo.”—*Tibi dabo claves regni coelorum, et quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in coelo, et quodcumque solveris super terram erit solutum et in coelo*.” Y fui á ver este Hombre para reanimar la fuerza y la virtud de mi ministerio en la fuente misma de ese poder sublime que tiene en manos celestiales, por mortal que sea el que de él esta revestido, las llaves celestiales y los sellos divinos, que ata y desata en la tierra, y que todo lo que ha atado y desatado, queda atado y desatado por la misma mano de Dios.

Hé aquí, carísimos fieles, la gran inspiración que me obligó á separarme de vosotros por tanto tiempo: he ido como Pablo á ver á Pedro, *Veni videre Petrum*, el Representante, el Vicario de Jesucristo en la tierra; y de Roma, donde he visto á Pedro y he permanecido con él, *et mansi apud eum*, vuelvo al fin á vosotros, á Orleans. Roma, Orleans, los dos nombres mas caros para mí en el mundo; Roma, que es para mí el nombre de una madre, y Orleans, donde está la Esposa que Dios ha dado á mi alma y donde están los hijos de mi corazón.

Estoy bien seguro de que teníamos el mismo deseo, igual impaciencia; yo de encontraros y vosotros de volverme á ver; yo de daros cuenta de mi peregrinación al sepulcro de los Santos Apóstoles, cerca del sucesor de Pedro, y de referiros en la efusión de nuestras expansiones acostumbradas,

mis impresiones, mis votos por vosotros y mis esperanzas por la Iglesia; y vosotros de oír de mi boca el relato de las cosas que han pasado allá, en Roma, en esa gran reunion de los obispos católicos, cuyo eco ha resonado ya en el mundo entero.

E inclinar en seguida con amor vuestras frentes, y recoger en vuestros corazones llenos de fe esa Bendicion apostólica que el Padre comun de los fieles nos ha encargado que os diera.

Y si las mas grandes cosas que puedan pensarse y decirse en la tierra no me hubieran ocupado y retenido allí con mis venerados colegas, si una estrema fatiga no me hubiera sobrecogido de pronto desde mi regreso á Francia despues de nuestras grandes tareas en Roma, me habria apresurado mas á venir hácia vosotros, y habria seguido el impulso de mi corazón que me arrastraba á traer mas pronto á mis queridos diocesanos el tesoro de las gracias y bendiciones que habia recogido para ellos en la ciudad Santa.

Sin embargo, alejado tanto tiempo de vosotros, bien puedo añadir lo que decia San Pablo á sus queridos fieles de la Galacia: Si estaba ausente de cuerpo, estaba en medio de vosotros presente con el corazón: *Absens corpore, praesens eram spiritu*; si, así sucedia, y seguramente que ninguno de vosotros duda de la impresion constante de mi alma en este largo viaje, y estoy bien seguro tambien de que si mi corazón estaba con vosotros, vosotros estabais igualmente conmigo á los piés de la Cátedra eterna, regocijados al ver y venerar con los ojos y el corazón de vuestro Obispo á Aquel que el gran Pablo estaba tan contento de haber visto, pues no sabia decir mas que: *Fui á ver á Pedro*; y desde aquel dia fué confirmado para las naciones el gran ministerio apostólico de San Pablo.

Y ahora ¿qué os diré de esta inmortal peregrinacion que no os hayan repetido ya las mil voces de la fama? ¿Qué discurso os dirigiré hoy para corresponder á vuestra esperanza y á ese inmenso concurso que regocija mis ojos y mi corazón?

Pero ¿qué digo? ¡Un discurso! En este momento no lo esperéis de mí; la fatiga que siento aun no me lo permitiria: dejadme únicamente que desahogue entre vosotros mi corazón y mi palabra, y en la sencillez de la conversacion mas familiar os refiera algunos de mis recuerdos.

Quisiera, si me fuera posible, ponerlos las cosas mismas ante los ojos, y por esta razon solo me propongo haceros una narracion, de la cual me permitereis que no quite ni aun los mas simples detalles, que son los únicos que dan una idea verdadera de lo que se cuenta; y añadiré de paso y sin interrumpirme, las reflexiones que nazcan en mí en el momento mismo de las grandes cosas que vea, y tal vez os escribiré lo que el tiempo y el cansancio no me hayan permitido relataros.

Pero principiemus.

(Continuará.)



OBSERVACIONES

AL OPUSCULO DEL SR. D. J. DE J. CUEVAS,

INTITULADO,

LA INMIGRACION EN MÉXICO.

ARTÍCULO VI.

El protestantismo es nocivo á las bellas letras, á las bellas artes y tambien á las ciencias, porque degrada y materializa al hombre.

Siendo el hombre un ser compuesto de alma y cuerpo íntimamente relacionados, se encuentra constituido entre las cosas espirituales y las materiales, elevándose á las primeras por el alma y poniéndose en contacto con las segundas por medio del cuerpo: su corazón necesitado á amar, precisado á adherirse á algun objeto, por una ley indeclinable de su naturaleza, balancea entre los que son propios del espíritu y los que afectan á los sentidos del cuerpo; cuanto mas se inclina á los unos, tanto menos es dominado por los otros: si se eleva hácia los objetos espirituales, ellos vienen á ser el alimento de la vida interior del hombre y la causa de sus goces mas puros; entonces siente su dignidad y su altísima superioridad sobre la vil materia, á la cual no se apegas y la hace servir á los grandes intereses del espíritu: por el contrario, si el corazón se inclina hácia los objetos materiales, estos lo dominan, lo esclavizan, lo privan del gusto por las cosas espirituales en las que no puede hallar ni motivos de estimacion, ni interes, ni principio ninguno de verdadero placer; degradado entonces el hombre por la preponderancia de la parte inferior de su ser, no concibe que deban tener otro empleo las facultades mas nobles de su espíritu sino el de ocuparse en acrecentar los goces de los senti-